

4608
000 (61500)

EL SUR, Concepción, domingo 8 de mayo de 1988

VI

"El fulgor de la O"

El año 1982 publiqué un pequeño libro de poemas: "La verdad y otras ficciones". El título me gustó siempre, y como sucede muchas veces, tenía el título y no tenía un poema que justificara el mismo.

Entonces, casi forzado, escribí el poema "La verdad, qué dico así: Un día triste del final del otoño, las hojas del acacia caían al arroyo como monedas de oro. El aire era transparente y se recortaban con punzante nitidez algunos árboles desnudos. Todo era tan solitario, inmóvil y desamparado! Al fondo, misteriosas, las profundas lejanías, azuladas, desiertas, del pálido cielo. Entonces Lian-teh -sacerdote budista- se miró en el estanque de lotos y descubrió la vacuidad de su verdad.

Ese año de 1982 recibí el premio municipal de arte, mención literatura. Fue un año bueno para mí. Me escribió el poeta Guillermo Trejo y me envió una paráfrasis de mi poema, variaciones sobre el tema de la verdad: "Un día triste del final del otoño, las hojas de una acacia en el arroyo caían como gotas de oro en oro... Del aire transparente tenues soplos se recortaban, huérfanos de adorno, algunos árboles desnudos... ¡Todo muy solitario, inmóvil, órfico! Misteriosas, profundas de alborozo, lejanías azules como un lloro, por el pálido cielo en acomodo, cubrian de nostalgias y de asombro a un monje que miraba entre los lotos, buscando descubrir, secreto el rostro, la verdad infinita... Mas, de pronto, vio surgir desde el centro de sus ojos la vacuidad de su verdad... Absorto en su vacío pleno y lleno al colmo, quedó como una estatua sin hinojos, adornando a la fuente, al pie de otros, buscadores de enigmas y de acoso. Fue un día triste de final de otoño, cuando las hojas acunaban

todo aquél paisaje en monedas de oro. El monje ya no tuvo su escorzo, y su verdad vacía fue su colmo para otear de nuevo entre nosotros. Miró la estación entre los ojos, las acacias saqueadas de tesoros... Y las aguas de aquél vivaz arroyo remplazan para siempre ante sus ojos esa tranquila búsqueda del bonzo, hundida en el vacío ya sin fondo de su verdad dormida entre nosotros. Era el final doliente del fibrosol y vegetal recuerdo de otro otolito: aquél que se iniciaba en mí a poco, mientras buscaba, yo también, el moho de mis verdades muertas en mi pozo, el moho vacío de mi incierto y rotol vestigio entre las aguas de mi rostro: apenas vislumbrado allá es el fondo".

Esta paráfrasis me gusta mucho, desde luego mucho más que mi poema. Y no puedo dejar de consignar que en ambos poemas encuentro la diferencia formal que hay entre lo clásico y lo barroco. Siendo el barroco mucho más cercano a mí y más querido. El poeta Gonzalo Rojas, que conoció las dos versiones, decidió llamar al poema de Trejo: "El fulgor de la O" por parecerle que esta letra se repetía a lo largo del mismo en un hermoso exceso.

Pues bien, quería yo contar para ustedes este juego, en que a veces caemos los poetas, agradeciendo a Guillermo y a Gonzalo, y me quedo pensando como Cyril Connolly en su libro *The unquiet grave*: "La verdad esa tristemente inadecuada, mezquina, vil y rebosante de

egoísmo mentira que creemos cierta", y burla burlando, en la famosa frase de Leopoldo Marcus D. Garnerius: en Aphorismata, Rotterdam, 1720: "Traedme el caballo más veloz, pidió el hombre honrado. Acabo de decirle la verdad al rey".

Jorge Mendoza Enríquez

Jorge Mendoza y un juego de poetas en torno a la O.



"El fulgor de la O" [artículo] Jorge Mendoza Enríquez.

AUTORÍA

Mendoza Enríquez, Jorge

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El fulgor de la O" [artículo] Jorge Mendoza Enríquez. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa